

leyes de la evolución: cuando, escudriñadas y explotadas las fuerzas naturales, el Cosmos trabaja por nosotros, poniendo en acción infinitas máquinas y fabricando mercancías á precios irrisorios; cuando descubierto el secreto de las síntesis químicas, el ingeniero del porvenir elabore sin el concurso de la tierra, la fécula, el gluten, la albúmina, el azúcar y la grasa; cuando el ocio bien ganado permita la universalización de la ciencia y del arte, y todos puedan saborear las inefables armonías y bellezas que palpitan en el fondo de la Naturaleza; cuando, en fin, redimidos por la solidaridad y el amor, todos nos sintamos ondas de una misma corriente vital, células hermanas de un mismo cuerpo... ¿Qué significado tendrán las palabras rico y pobre, señor y esclavo, feliz y desdichado? ¿Qué importará entonces que el amor multiplique sobre manera la especie ni que el cielo adusto y tierra ingrata nos regateen sus dones? Ahí estará, enérgico y avisor, para reaccionar contra toda suerte de accidentes cósmicos, el cerebro humano, sublimado por la fiel acomodación al mecanismo del mundo, ofreciéndonos generoso nuevas y salvadoras invenciones. Nuestro será el tesoro de la inextinguible hoguera solar, que la ciencia, emancipada quizás de nuestra antigua y fatigada nutriz, la tierra sabrá mo-

delar y cuajar en rutilantes frutos y doradas espigas. ¿Quién teme el agotamiento de la fuerza solar, del movimiento del viento y de los mares, de las cataratas, de las cordilleras, de la soberana potencia del pensamiento?

«Soberbio y alentador ideal, que acaso un día se convierta en viva y palpitante realidad.

«Creamos en él para que tenga lugar su advenimiento; porque en este mundo sólo es realizable lo enérgicamente creído y esperado.»

Ahí queda esa belleza científico-poética, expresada con la misma elevación con que Cervantes concibió y describió la edad de oro.

Deténgase ante ella la rudeza de la pancista burguesía, y sirva de excitación á los obreros indiferentes por atavismo servil, á la vez que de ánimo y consuelo á los buenos luchadores, á los que diseminados por todo el mundo se saludan recíprocamente diciendo como en mi tierra—¡Buenos días!—y llevan en su corazón y en su cabeza partículas del pensamiento de José Fanelli, recopilado en el Manifiesto de los internacionales de Madrid, de 24 de diciembre de 1868, escrito por Tomás González Morago y en el que tuve el honor de poner mi firma.

ANSELMO LORENZO

¿Dónde vamos?

La sociedad se desmorona visiblemente. Sus instituciones están tambaleándose. El parlamento es una corrupción; la propiedad, un robo; la religión, un convencionalismo; la moral, una mentira; el honor, un prejuicio: todo, en fin, lo que constituye nuestra vida moral y material, es un perfecto embuste. Estamos rodeados de incertidumbre para el mañana; se nos ataca como al viajero por bandoleros en desiertos caminos; estamos sujetos á la ley del salario, como sujetos estamos

al aire si queremos respirar, y por ende tener vida. Estamos, finalmente, supeditados á un yugo de hierro. ¿Y no es triste esto cuando en la sociedad hay medios para que el hombre pueda vivir la vida del libre y del emancipado y no la del esclavo.

Raciocinad, obreros, y manos á la obra. Un golpe de hombres y la sociedad caerá, y otra nueva, todo amor, encanto y poesía, surgirá como el fénix de sus cenizas.

J. ILLENATNOM